

## **Juventudes en las filas falangistas del siglo XXI.**

El falangismo, como tantas veces se ha recordado, más que una ideología política, es una forma de ser. Y de entre las notas que caracterizan esa forma de ser, destaca su espíritu joven. Joven por su entusiasmo, su estilo directo y combativo, su sentido de servicio generoso y desinteresado.. Pero, sobre todo, Falange debe ser necesariamente ímpetu revolucionario. Una Falange que carezca de tal impulso no merece llamarse así y, por supuesto, está condenada a desaparecer por inauténtica. Sólo una Falange con espíritu juvenil puede ser verdaderamente revolucionaria, ya que sólo las juventudes son capaces de romper con un presente caduco y crear un orden nuevo.

Todos hemos conocido alguna vez muchachos de poca edad con resabios de viejo y ancianos con una vitalidad verdaderamente juvenil. Ni a unos ni a otros se refieren estas líneas, que no pretenden ser más que una reflexión sobre la presencia de juventudes en nuestras filas, sus problemas e inquietudes, vistos con la perspectiva que aporta sentirse cronológicamente lejano pero espiritualmente próximo. Si algo útil hubiera en estas cavilaciones, sirva como homenaje de gratitud y admiración a tantos jóvenes camaradas que han dado y dan lo mejor de sí mismos por España y por el Nacionalindicalismo. Dejaremos pues sin abordar objetivos más ambiciosos, que proponemos como tema de futuras ponencias, como puedan ser la captación de juventudes ajenas a nuestro entorno, políticas educativas, problemática laboral de los jóvenes, etc..

Resulta evidente que el número total de jóvenes que militan en organizaciones falangistas es muy exiguo, como exiguo es el número de militantes en cualquier franja de edad. Ahora bien ¿lo es su proporción? Aun sin disponer datos precisos, creemos que se deben analizar por separado dos ámbitos: en primer lugar, los menores de 18 años, que aunque por ley no pueden militar en partidos políticos, podrían estar afiliados a organizaciones juveniles de tipo deportivo, cultural, de tiempo libre.. En segundo lugar, los militantes y afiliados a las organizaciones de juventudes, cuyas edades van entre los 18 años y alrededor de los 30, dependiendo de la organización concreta que examinemos.

### **Menores de edad.**

La presencia de menores de edad en nuestro entorno político es, hoy en día, testimonial por no decir inexistente. Casi se reduce a algunos hijos de camaradas que acompañan a sus padres a determinados actos. Con ser muchas las causas de orden general que dificultan el crecimiento de cualquier organización falangista, en el caso nos ocupa se agravan por la hiperprotección -aderezada de permisividad- con que la sociedad actual trata, o mejor dicho, maltrata y malcría a los menores. Pero además, concurren dos problemas específicos que se retroalimentan: como no se nos acercan apenas menores, no existen organizaciones donde encuadrarlos y proporcionarles actividades adecuadas, salvo sobre el papel, en el mejor de los casos; como no hay actividades propias de su edad, los pocos menores que llegan, o bien se aburren, se desaniman y se van o bien se sienten abrumados por tener que compartir actividades y responsabilidades con militantes de bastante más edad. Es una dinámica difícil de romper. Las distintas organizaciones de juventudes falangistas deberán sopesar atentamente si, además de las muchas responsabilidades que tienen encomendadas, disponen de los medios tanto materiales como humanos para hacer campañas de captación en las inmediaciones de

institutos, centros deportivos, lugares de ocio, etc.. y si la detracción de dichos recursos de otras actividades es realmente rentable. También deberán evaluar si son capaces de hacerse cargo de forma adecuada de los pocos menores que, pese a todo, lleguen a nuestras filas, con especial tacto para no exigirles más de lo que razonablemente pueden aportar – horarios, permisos paternos, actividades de riesgo- pero que tampoco se aburran o se sientan tratados con suficiencia.

### **Juventudes de 18 a 30 años.**

Constituyen el músculo y el corazón de las organizaciones falangistas. Aun cuando militantes y afiliados de otras edades colaboren en la medida de su compromiso y de las limitaciones impuestas por su condición física y por sus obligaciones laborales y familiares, son las juventudes las que soportan el peso de las tareas más penosas y las de mayor riesgo. Debemos resaltar que, en líneas generales, las desempeñan de forma más que satisfactoria. Ahora bien, surgen algunas cuestiones sobre las que es necesario detenerse: ¿qué tipo de jóvenes se acercan a nuestras organizaciones? ¿qué buscan en ellas? ¿qué grado de permanencia logramos? ¿porqué? Por supuesto, no pretendemos que las respuestas que aportamos deban tomarse como definitivas, ya que cada individuo es un caso diferente y, en la generalización, corremos el riesgo de obviar matices particulares interesantes. En cualquier caso, las apreciaciones que siguen son fruto únicamente de nuestra percepción y no de un análisis estadístico riguroso.

Salvo los jóvenes con antecedentes familiares falangistas o los pocos que llegan bien informados, podemos señalar algunas características de la juventud que se muestra receptiva hacia nosotros: un patriotismo más o menos difuso; rechazo hacia el sistema político y social que padecemos, aunque quizá sin tener muy claras cuáles son nuestras propuestas alternativas; espíritu combativo en mayor o menor grado. En principio, son condiciones positivas, aunque insuficientes, para convertirse en el tipo de militante al que debemos aspirar y deberán irse puliendo y encauzando a través de la formación, tanto teórica como con la práctica militante del día a día y el contacto con militantes más veteranos.

¿Qué buscan los jóvenes en nuestras organizaciones? Como fin confeso, podemos decir que la práctica totalidad ingresa en nuestras filas con intención de servir a España desde su puesto. Como fines más o menos inconfesables, podríamos señalar: el gusto por la acción y el riesgo; sentirse integrado y arropado por un grupo que comparta sus mismas inquietudes; otros objetivos que, por desinformación sobre lo que verdaderamente somos verán defraudados, como una política a la derecha de la derecha, en un extremo, hasta participar en “cacerías”, en el otro, e incluso, una pseudosecta religiosa en algunos.

Una vez que un joven da el paso de afiliarse a una de nuestras organizaciones... ¿tiende a permanecer en ella por un amplio periodo de tiempo o son frecuentes las bajas tras pocos años de permanencia? Con loables excepciones de fidelidad, observamos una alta rotación de militantes: son bastantes los que se afilian, pero también son bastantes los que se dan de baja o, aunque no lo hagan, permanecen en “hibernación indefinida” tras un comienzo militante prometedor. Con ser esto preocupante, más lo es aún el hecho de que la tendencia que percibimos es que las altas no llegan a compensar las bajas e “hibernaciones”, con la consiguiente pérdida neta de afiliados. Suele ser frecuente un ciclo de entre 3 y 5 años de militancia, o más corto incluso, en el que se comienza con

entusiasmo y poco a poco se va desinflando cuando las expectativas no se ven cumplidas. Las causas que estimamos dan lugar a esta situación pueden clasificarse en dos grupos: por una parte, las características propias de la juventud, como puede ser la impaciencia, los enamoramientos absorbentes, la irreflexión y la impulsividad, las circunstancias familiares o laborales... poco parece que se pueda hacer a este respecto. Por otra parte, observamos causas que sí pueden y deben ser corregidas, o al menos minimizadas, desde las direcciones de nuestras organizaciones. Entre ellas podemos citar:

- La discordancia que se produce en ciertos casos entre lo que el joven pensaba que sería una organización falangista y lo que en realidad es, tanto en lo que se refiere a posiciones ideológicas como a actividad militante.
- La percepción subjetiva del joven afiliado sobre el grado de actividad de la organización. No es infrecuente encontrar jóvenes militantes que reclaman a sus organizaciones más activismo. Menos frecuente, aunque también ocurre, es el caso del afiliado que se siente desbordado por unas responsabilidades que no se ve capaz de cumplir. Insistimos en lo subjetivo de estas apreciaciones ya que no pocas veces las demandas de mayor activismo provienen de afiliados que no destacan precisamente por su disponibilidad cuando la ocasión lo exige.
- La consideración, también subjetiva, del rigor y seriedad de la organización. Podremos encontrar desde el militante que reclame una disciplina más estricta hasta aquel que conciba la organización como un club social o incluso como una pandilla de amiguetes. Como en el punto anterior, observamos que es posible que el joven que reclamaba una disciplina más estricta se conduzca de forma verdaderamente indisciplinada, mientras que otro que propone una apariencia menos militarista para nuestras organizaciones se imponga de forma callada una rigurosa autodisciplina.
- En conexión con el punto precedente, puede haber en alguna ocasión disgusto por parte de jóvenes recién llegados acerca de ninguneos, desprecios o tratos excesivamente ásperos por parte de camaradas más veteranos o, incluso, por mandos inmediatos. Nuevamente conviene recordar lo subjetivo de dicho disgusto ya que existirán desde aquellos extremadamente suspicaces, que no admiten ni una broma cariñosa, hasta auténticos blancos de todas las chanzas que las soportarán con desconcertante paciencia. Juzgamos que ambos extremos, aunque no constituyan ni mucho menos la norma general, deben ser atentamente vigilados y corregidos. Ninguna de las dos actitudes es propia del militante falangista, del que debemos esperar un espíritu de franca camaradería unido a un alto sentido del honor. A este respecto, conviene reflexionar sobre la figura del que, por simplificar, llamaremos “hipermilitante”: es aquel que despliega un nivel de actividad frenético y asume grandes dosis de riesgo, pero que exige lo mismo de todo el que le rodea sin pararse a pensar en las circunstancias personales, familiares, físicas, anímicas.. de los demás. Se trata de una figura problemática ya que, si bien su actividad arrolladora resulta altamente valiosa para la organización, su intransigencia y su mal humor al no verse suficientemente secundado pueden espantar a camaradas también válidos, aunque de contribución menor o menos obvia. Debe ser una seria responsabilidad de los mandos juzgar fríamente si sus posibles “hipermilitantes”

contribuyen a la causa con una suma global positiva, nula o incluso negativa. Puede ocurrir que se haga muchísimo pero se “deshaga” aún más. Recordemos que para la Causa todos somos necesarios pero ninguno imprescindible.

- Guardando ciertas similitudes con la figura del “hipermilitante” podemos encontrar también la figura del “inquisidor”: aquel joven que cree haberlo leído todo sobre nuestra doctrina e historia y cree tener la clave de la ortodoxia falangista. Este individuo será proclive a suscitar enconados debates sobre las cuestiones más nimias. Su intransigencia puede resultar frustrante para otros camaradas que no compartan su estrecha visión sobre determinados aspectos perfectamente opinables. En el extremo opuesto encontraríamos a aquel que cree haber descubierto la panacea para una profunda renovación ideológica.. tan profunda que lo resultante de tales elucubraciones acabe sin tener nada que ver con el Nacionalindicalismo. Siendo estos dos extremos de preocupante frecuencia en el panorama “azul, resultan especialmente virulentos entre los jóvenes. Si estos tienen cierto peso en la organización, pueden ser foco de conflictos e incluso de deserciones o de escisiones.
- Otro factor a considerar es el grado de representación y de influencia de los jóvenes en la toma de decisiones dentro del conjunto de la organización. Dependiendo de la organización falangista que consideremos y del momento histórico que analicemos, hemos conocido desde situaciones en la que los jóvenes tuvieran una presencia nula o meramente decorativa en los órganos decisorios de nuestro movimiento, hasta el extremo opuesto, con una excesiva influencia en la toma de decisiones que afectan al conjunto de la organización. Juzgamos el primer extremo injusto, ya que si es sobre los jóvenes sobre los que recaen los trabajos más áridos y las situaciones de mayor riesgo, no sólo deben ser escuchados en sus sugerencias, sino gozar de la suficiente autonomía como para decidir por sí mismos sobre los asuntos de su competencia. Pero el extremo opuesto lo consideramos ineficaz, ya que la natural impetuosidad y lógica falta de experiencia propias de la juventud pueden llevar a la organización en la que se encuentren sobrerrepresentados al más alto nivel a adoptar decisiones estratégicas erróneas.
- También debemos señalar una dinámica no infrecuente en los núcleos falangistas pequeños. El jefe acapara, seguramente con la mejor de las intenciones, todas las responsabilidades del núcleo pero no se ocupa de dejar previsto un posible relevo. Cuando, por el motivo que sea, el jefe abandona la actividad política, el núcleo se desmorona.
- Por último, no debemos olvidar el riesgo que para la permanencia en nuestras filas de los camaradas jóvenes más impacientes y con una formación doctrinal más superficial, entrañan iniciativas políticas supuestamente próximas. Estos jóvenes camaradas pueden verse deslumbrados por opciones que, por contar con abundantes medios económicos, en alguna ocasión de dudosa procedencia, parecen tener más opciones de triunfar a corto plazo que nosotros. Será fundamental insistir una y otra vez a estos jóvenes en que tales organizaciones, tan frecuentes a lo largo de los años en el llamado “entorno patriota”, además de tener habitualmente una ideología confusa y casi siempre divergente de la nuestra, suelen tener unos inicios prometedores para acabar desinflándose y

desapareciendo en la práctica, mientras que el Nacional sindicalismo, pese a sus continuas luchas intestinas, a su endémica falta de medios y al profundo rechazo que, como es lógico, suscita en el Sistema, sigue vivo y actual después de más de 75 años.

Romper la dinámica de afiliación, activismo, desánimo, abandono, resulta de vital importancia para el crecimiento y actividad de nuestras organizaciones. Si asumimos, como no puede ser de otra manera, que las juventudes son el músculo y el corazón de nuestras organizaciones, descuidar el músculo nos condena a tener unas organizaciones enclenques; descuidar el corazón, a tener unas organizaciones sin sentimiento, sin ideales, sin espíritu de sacrificio y de lucha. No debemos perder de vista, además, la gran hostilidad que existe hacia “lo azul”, en el sistema, naturalmente, pero también en la llamada “área patriota”. Así, cada militante que perdamos, por los motivos que sean, no sólo nos produce una baja a nosotros; si ha dejado con resentimiento nuestras filas sus críticas serán un freno más a la llegada de nuevos militantes, con lo que los daños que recibimos se multiplican.

Ojalá tuviéramos la clarividencia y la persuasión suficiente como para que las medidas que propusiéramos en este sentido fueran de máxima eficacia y como para que se llevaran a cabo hasta sus últimas consecuencias. Aun no siendo ni clarividencia ni persuasión nuestros fuertes, nos atrevemos a sugerir que se retomem o se profundicen algunas que estimamos útiles. Pueden reunirse en dos grupos, Formación y Milicia, que trataremos de desarrollar.

### **Formación.**

Consideramos que, sin una buena base de formación, es prácticamente imposible que un recién afiliado, por mucho entusiasmo que ponga, llegue a convertirse en el modelo de militante al que debemos aspirar. Una formación lo más homogénea posible entre las juventudes favorece la cohesión interna, hace más eficaz el trabajo del militante y del mando y facilita la aproximación, tan deseable, entre distintas organizaciones falangistas. Ahora bien ¿en qué aspectos formar? ¿con qué metodología?

Entendemos que la formación debe abarcar un doble ámbito: formación práctica y formación doctrinal.

Por una parte, la formación en cuanto a las cuestiones prácticas a las que se enfrentará el militante en su actividad. Para un joven militante, estas cuestiones pueden ser, entre otras:

- Cómo, dónde, cuándo pegar carteles o pegatinas, repartir octavillas, vender nuestras publicaciones, otros medios de propaganda.
- Cómo actuar en caso de provocaciones o agresiones de elementos hostiles.
- Cómo comportarse ante la prensa, la policía, la justicia, en las distintas situaciones previsibles.
- Qué hacer en caso de registro, multa, detención... qué derechos se tienen y ante quién pueden invocarse.
- Qué repercusiones legales pueden tener determinadas acciones, etc..

Lógicamente, conforme el militante vaya asumiendo responsabilidades de mando, necesitará profundizar en estos conocimientos y adquirir otros nuevos:

- Cómo financiar una jefatura local o provincial. Cómo llevar su contabilidad.
- Cómo emitir notas de prensa, en qué términos y en qué medios de comunicación.
- Qué documentos oficiales debe cumplimentar, según la ley.
- Cómo elaborar medios de expresión y propaganda propios.
- Cómo preparar y ejecutar un acto público.
- Qué iniciativas puede y debe asumir y cuándo debe consultar con sus superiores.
- Cuáles son sus responsabilidades y obligaciones respecto de sus afiliados.
- Cuándo y cómo debe convocar reuniones de afiliados, cómo levantar y custodiar las actas de dichas reuniones.
- Cuáles son los derechos y deberes de sus afiliados.
- Cómo, cuándo y por qué corregir a sus subordinados.
- Cómo, dónde y cuando llevar la voz de sus afiliados hacia las máximas instancias de la organización, etc..

La formación doctrinal debería incluir, al menos:

- Aspectos políticos y económicos generales del Nacional Sindicalismo.
- Textos de nuestros fundadores.
- Otras corrientes ideológicas: liberalismo, socialdemocracia, marxismo, fascismo, nacionalsocialismo, anarcosindicalismo. Es preciso conocer al adversario para poder batirlo con eficacia.
- Historia del movimiento nacionalsindicalista. Debe inculcarse la admiración por nuestros mejores camaradas, pero también aprender de los errores del pasado.
- Historia de otros movimientos políticos y sociales.
- Resoluciones más importantes de los congresos de nuestras organizaciones. Muchas veces los militantes desconocen cuál es la posición oficial de su organización respecto a un determinado tema, dando origen a respuestas distintas, cuando no opuestas, a una misma pregunta, por mera improvisación.

Esbozado qué es lo que debe enseñarse, pasemos al cómo debe enseñarse. Creemos que este aspecto de la cuestión ha pasado por una época de poca atención, aunque en los últimos años se están produciendo interesantes iniciativas. Pese a ello, estimamos que sería conveniente dotar a los planes de formación de una estructura más sólida e interconectar las distintas opciones formativas en un plan general coherente. También apreciamos un peso relativo de la formación práctica frente a la doctrinal muy escaso. Los recursos formativos disponibles, a día de hoy son, principalmente:

- Las conferencias, tanto las que se imparten de forma aislada como las integradas en ciclos programados.
- Los fondos bibliográficos de las distintas organizaciones, muy destacadamente la formidable biblioteca de la Hermandad de la Vieja Guardia.
- Los cursos del CENS.
- Los manuales de formación editados por las distintas organizaciones.

Siendo todos ellos muy valiosos, se nos antojan insuficientes, especialmente cuando sus destinatarios son los jóvenes de hoy día. Por varios motivos:

- El joven actual, incluso el universitario, víctima de un nefasto sistema educativo y de la omnipresencia de lo audiovisual en detrimento de la palabra escrita, lee muy poco y entiende aún menos lo poco que lee. Por lo tanto, mal va a adquirir la formación necesaria de forma autodidacta, a pesar de existir una amplísima bibliografía disponible o precisamente por eso.
- Incluso para el joven con afición por la lectura y con un buen nivel de comprensión lectora, resulta complicado saber cuáles son los textos fundamentales y que obras pueden reservarse para más adelante o incluso, prescindir de ellas. Tampoco sabrá en qué orden debe realizar las lecturas, lo cual no es ni mucho menos irrelevante. Para cualquiera, y más para alguien con una formación doctrinal escasa, existe el riesgo de juzgar lo que se está leyendo a la luz de lo primero que se ha leído.
- Más aún, el buen lector y bien asesorado encontrará abundante bibliografía sobre los aspectos que hemos dado en llamar doctrinales, pero apenas nada referido a lo que hemos llamado “formación práctica”.
- Resulta preocupante que la asistencia a cursos y conferencias se dé, principalmente, entre quienes menos lo necesitarían por tener ya un buen nivel de formación, mientras que los jóvenes menos preparados y, por tanto, a los que más aprovecharía, no asisten por considerarlas aburridas y recordarles demasiado a las clases de instituto o universidad.

Proponemos algunas medidas encaminadas a hacer más atractiva la formación para los jóvenes más reacios a recibirla y así, conseguir una mayor eficacia. No significa esto, en absoluto, que deban abandonarse los métodos hoy existentes, sino sólo complementarse con estos otros:

- Elaboración de materiales audiovisuales como presentaciones informáticas y/o documentales con imágenes, música, textos breves, narrador. Disponemos de los medios técnicos, materiales y humanos para ello, como bien se ha demostrado con ocasión de la elaboración de cuñas publicitarias para las elecciones, vídeos para las webs, programas de radio.. Entendemos que es mucho el trabajo a realizar, pero también que sería mucho el beneficio a obtener. Por supuesto, dichos materiales deberían estar disponibles a través de nuestras webs.
- La figura de lo que en el ámbito académico sería el tutor, que en el marco de nuestras organizaciones podría ser algo así como el “jefe de escuadra de formación” u otro título similar. La idea consistiría en que militantes bien formados y capaces se hicieran cargo de no más de cuatro o cinco jóvenes recién afiliados y conforme a un plan común y bien estructurado, fuera transmitiendo sus conocimientos a los neófitos, en dosis de no más de quince o veinte minutos y aprovechando los muchos tiempos muertos que se producen en viajes, ratos de esparcimiento tras actos, asambleas, etc.. Esto tendría como ventaja que los jóvenes recibirían una buena formación casi sin notarlo, en un ambiente distendido y alejado del aparente rigor formal de un curso o una conferencia,

además de reforzar los lazos de camaradería. Para que esto fuera eficaz, el “tutor” debe tener perfectamente claro quienes son los que están a su cargo y qué y en qué orden debe enseñarles. Por supuesto, todo nuevo afiliado debería pasar por este periodo de tutelaje. Permitiría además ir calibrando quiénes son los más aptos y con mejor disposición para ir adquiriendo mayores responsabilidades en el futuro.

- En una fase posterior, cuando el afiliado no sea ya tan reciente y comience a manejar con cierta soltura nuestros planteamientos doctrinales, debería iniciarse en el debate público. Un militante con buena capacidad dialéctica haría las veces de socialista, liberal, comunista, escéptico o el papel que correspondiera.. y el que recibe el entrenamiento debería rebatirle con argumentos. Al terminar el debate, siempre breve, se recapitularía sobre los aspectos positivos a potenciar y negativos a evitar. Estos debates también deberían aparecer como actividades lúdicas que los tiempos muertos a los que nos referíamos antes, pero programados y graduados seriamente por el “tutor”. En nuestra lucha como soldados políticos pretendemos vencer, sí, pero no hay forma más completa de victoria que convencer.
- Si los “tiempos muertos” aludidos no son suficientes, se deberían crear de forma artificial, sin que el “alumno” lo perciba como tal. Cualquier excusa puede ser buena: partidos de futbol, cinefóruns, salidas al campo..
- Por último, creemos que es necesaria una formación más formal en el caso de los militantes que vayan accediendo a ciertas responsabilidades de mando, con cursos, como mínimo, de jefe de escuadra, de jefe y secretario local y de jefe, secretario y tesorero provincial. De forma ideal, deberían recibirse antes de tomar posesión del cargo. No obstante, la dinámica propia de organizaciones pequeñas hacen que, a veces, los relevos se produzcan de forma un tanto precipitada. En este caso, el militante debería ser nombrado de forma interina hasta no haber superado el correspondiente curso.

## **Milicia**

Se ha debatido hasta la saciedad y, probablemente se seguirá haciendo durante mucho tiempo, sobre si nuestras organizaciones deben abandonar todo aire de milicia, conservarlo o potenciarlo. Nuestra opinión es que, al menos entre nuestras juventudes, debe potenciarse. Por varios motivos:

- Constituye una de las señas de identidad de “lo azul”. Con más o menos intensidad, ha estado presente en nuestro aspecto externo, nuestra conducta y nuestro discurso desde la época fundacional hasta nuestros días. Si bien es cierto que el hábito no hace al monje, un monje que jamás lleve hábito corre el doble riesgo de que los demás no lo consideren como tal y de olvidar él mismo lo que es. Gustaremos más o menos, pero somos lo que somos y no vamos a despertar más simpatías o producir menos rechazo por camuflarnos de lo que no somos.
- Fortalece enormemente los lazos de camaradería, lo que revierte en cohesión interna, tan necesaria, de la organización.

- Refuerza el sentido de disciplina.
- A nuestras juventudes les gusta. Basta con acercarse a un acto de homenaje a los Caídos para comprobar el gesto de satisfacción que provoca en nuestros jóvenes verse uniformados y en formación. Basta hablar con cualquiera de los muchos que han tenido ocasión de participar en alguna acción de riesgo para comprobar el legítimo orgullo que sienten.
- Nuestras juventudes nos lo reclaman. Basta con observar la alta proporción de los que ingresan en las Fuerzas Armadas por no ver saciadas en nuestras filas su ansia de milicia.

Entendemos que este espíritu de milicia entre los jóvenes debe, pues, reforzarse en un doble aspecto:

En lo formal, se debe insistir, al menos:

- En la correcta uniformidad. Con el tacto preciso, pero con firmeza, han de desterrarse prendas o emblemas ajenos a la estricta uniformidad que, por otra parte, debe estar perfectamente reglamentada y conocida por todos.
- En el protocolo. Deben inculcarse en los jóvenes las normas de protocolo en cuanto a saludos a los mandos, banderas, solemnidad de los actos... son muestras de respeto que, si se interiorizan hasta el punto de hacerlas algo propio, evitan muchas situaciones desagradables.
- En el orden cerrado. La brillantez en el orden cerrado contribuye a la satisfacción de los que participan en él y en los que lo contemplan. Pero un mínimo de decoro en el orden cerrado de las formaciones no se aprende en un cuarto de hora. Deberá practicarse con cierta asiduidad. Una excusa más para organizar esas salidas al campo que reclamábamos antes y para fabricar esos tiempos muertos idóneos para formarse sin percibirlo.

En lo combativo, la abierta hostilidad que provocamos en muchos hace que en ocasiones tengamos que enfrentarnos a situaciones de riesgo físico. Por tanto, sería deseable que todos nosotros, pero especialmente los más jóvenes, adquiriéramos unas nociones, aunque fuesen mínimas, de defensa personal; no se trata de que todos seamos expertos en artes marciales, pero sí de que podamos repeler una agresión con ciertas garantías de éxito. Los más capaces en este sentido deberán adquirir los conocimientos y destrezas necesarios para proporcionar seguridad en actos públicos, en sedes, en actos de propaganda.

Hasta aquí unas breves ideas fruto de mi experiencia y de las de los demás camaradas que conozco. El Segundo Seminario del CENS en Segovia nos ha dado la oportunidad de abordar problemas ya conocidos, identificarlos debidamente y comentarlos. De otra parte, y aún en simple esbozo, nos ofrece la posibilidad de enunciar posibles soluciones. Porque no sólo necesitamos respuestas a los problemas planteados sino –de manera indispensable para llegar a ese punto- se necesita una exacta definición de estos

problemas prácticos de trascendencia cotidiana en nuestras organizaciones. Seminarios como estos sirven, sin duda alguna, para repasar estas cuestiones. Y para poner los primeros ladrillos necesarios para una efectiva salida de nuestra crisis política indudable. Para la salida de esta crisis, y para la consolidación del nacionalsindicalismo como fuerza política estable y sólida dentro del panorama político nacional, resulta evidente el papel destacado que nuestras juventudes deben adoptar. No sólo como prueba evidente de nuestra supervivencia en el futuro, sino como uno de los núcleos centrales de nuestra fuerza dentro del conjunto.